

CAPITULO IV.

Espedicion de Gonzalo Pizarro. — Paso por las montañas. — Descubrimiento del río Napo. — Increíbles padecimientos. — Orellana baja por el río de las Amazonas. — Desesperación de los españoles. — Vuelta de los que sobreviven á Quito.

1540—1542.

GONZALO Pizarro recibió la noticia de su nombramiento para el gobierno de Quito con manifiesto placer, no tanto por la posesión de aquella antigua provincia india, cuanto por el campo que se le abría para hacer descubrimientos por el Oriente, es decir, por aquella tierra fabulosa de las especias, que por tanto tiempo había cautivado la imaginación de los conquistadores. Marchó, pues, sin dilación á su gobierno, y no tardó en inflamar los pechos de sus soldados con el mismo entusiasmo que ardía en el suyo. En poco tiempo reunió trescientos cincuenta españoles y cuatro mil indios, ciento cincuenta de los primeros montados, y todos equipados del modo mejor posible para la empresa. Para precaverse contra el hambre, hizo un gran acopio de provisiones, y una inmensa piara de cerdos le seguía á retaguardia (1).

Comenzaba el año de 1540 cuando Gonzalo Pizarro emprendió su célebre expedición. La primera parte del viaje ofreció comparativamente pocas dificultades; los españoles se hallaban aun en la tierra de los Incas, y los desórdenes del Perú no se habían sentido en aquella distante provincia, donde el pueblo sencillo vivía como en los tiempos primitivos cuando era gobernado por los hijos del Sol. Pero cambió la escena al entrar en el territorio de Quixos, donde los habitantes y el clima parecían de otra especie. El país estaba atravesado por las elevadas cordilleras de los Andes, y los aventureros se vieron pronto encerrados en el laberinto intrincado de sus desfiladeros. Conforme iban subiendo á mas elevadas regiones, los helados vientos que recorrían los lados de las cordilleras, entumecían sus miembros, y muchos indios encontraron su sepultura en aquellas frías asperezas. También al cruzar la formidable barrera de los Andes experimentaron uno de los tremendos terremotos que en aquellas volcánicas regiones hacen temblar con tanta frecuencia las montañas, hasta en sus mismas bases. Una vez se abrió la tierra á impulso de las terribles convulsiones de la naturaleza; de la sima salieron torrentes de vapor sulfúreo, y una aldea de unas quinientas casas se hundió en aquel espantoso abismo (2).

Al bajar las vertientes orientales cambió el clima, y al paso que descendían á nivel mas inferior, reemplazaba al frío un calor sofocante, y fuertes aguaceros acompañados de truenos y relámpagos inundaban las gargantas de las sierras, de donde se desprendían en torrentes sobre las cabezas de los expedicionarios casi sin cesar ni de día ni de noche; como si las ofendidas deidades de aquellos sitios hubieran querido tomar

(1) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII, cap. VI—VII.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. II.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. I—II.—Gómara, Historia de las Indias, cap. CXLIII.—Montesinos, Anales, año 1539.—Los historiadores difieren en cuanto al número de las fuerzas de Gonzalo, así en hombres como en caballos y en cerdos. Estos, según Herrera, no bajaban de cinco mil, provision de tocino demasiado abundante para tan corta fuerza, pues los indios comían solo maíz tostado ó *coca* que comúnmente constituía su único alimento en los mas largos viajes.

(2) Zárate dice que fueron precisamente quinientas casas. «Sobrevino un tan gran terremoto, con temblor, i tempestad de agua i relámpagos, y raios, i grandes truenos, que abriéndose la tierra por muchas partes, se hundieron quinientas casas.» (Conq. del Perú, lib. IV, cap. II.) Nada mas satisfactorio para el lector que el número preciso y redondo; y sin embargo nada es menos digno de crédito.

vinganza contra los invasores de sus montuosas soledades. Por mas de seis semanas continuó el diluvio sin parar, y los aventureros sin tener donde abrigarse, mojados y abrumados de fatiga, apenas podían arrastrar los pies por aquel suelo quebrado y saturado de humedad. Al fin, despues de algunos meses de trabajoso viaje, en que tuvieron que cruzar muchos pantanos y torrentes llegaron á las Canelas. Vieron los árboles que tenían esta preciosa corteza estenderse en dilatados bosques; pero por mas que este fuese un importante artículo de comercio en regiones accesibles, en aquellas lejanas tierras podía servir de muy poco á los expedicionarios. Sin embargo, por las tribus errantes de indios salvajes que encontraron en el camino tuvieron noticia de que á diez días de distancia se hallaba una tierra rica y fructífera, abundante en oro y habitada por naciones populosas. Gonzalo Pizarro había ya llegado á los límites prescritos para su expedición; pero estas noticias reanimaron sus esperanzas, y resolvió seguir adelante. Mejor hubiera sido para él y para su gente darse por contentos y volver atrás.

Continuando la marcha observaron que el país se extendía en anchas sábanas terminadas por bosques inmensos, que parecían llegar hasta los mismos bordes del horizonte. Allí vieron árboles de esa enorme corpulencia que solo se encuentra en las regiones equinociales. Algunos eran de tal magnitud que diez y seis hombres con los brazos estendidos apenas podían abrazarlos (3). El tronco además estaba cubierto de espesas enredaderas y vides parásitas, que estendiéndose de árbol en árbol en festones de vistosos colores, les vestían de una cubierta hermosa á la vista, pero que formaba una red impenetrable. Los expedicionarios se veían á cada momento obligados á abrirse paso con las lachas, y sus vestidos, podridos ya por efecto de las incesantes lluvias á que habían estado espuestos, se rasgaban fácilmente al penetrar entre los arbustos y zarzas y colgaban á pedazos de sus cuerpos (4). Las provisiones deterioradas por el agua, se habían acabado hacia tiempo, y en cuanto al ganado que llevaban consigo, parte se había consumido y parte se había escapado en los bosques y desfiladeros de las montañas. Habían sacado también de Quito unos mil perros, muchos de ellos de presa, acostumbrados á acometer á los desgraciados indios. Matáronlos sin escrúpulo; pero sus miserables cuerpos no proporcionaban sino muy escaso alimento á los famélicos aventureros; y cuando se acabaron hubieron de atenerse á las yerbas y peligrosas raíces que podían recoger en los bosques (5).

(3) Calculando en seis pies la longitud de los brazos del hombre estendidos, hacen noventa y seis de circunferencia ó treinta y dos de diámetro; es decir, mucho mas de lo que tiene el árbol mas grande de los conocidos en Europa. Sin embargo, esta corpulencia es todavía menor que la del famoso gigante de los bosques que Humboldt encontró en la provincia de Oaxaca, y que según la exacta medida de este viajero en 1839 tenía ciento doce pies de circunferencia medido á la altura de cuatro pies del suelo. Probablemente los españoles medían también los árboles á esta altura.

(4) Molina en su comedia, «Las Amazonas en las Indias», ha dedicado unas doce columnas de redondillas á referir los padecimientos de sus compatriotas en aquella expedición. El poeta contaba con la paciencia de su auditorio. Los siguientes versos describen la miserable situación á que la lluvia incesante redujo á los españoles:

«Sin que el sol en este tiempo
Su cara ver nos permita,
Ni las nubes taberneras
Cesen de echarnos encima
Diluvios inagotables,
Que hasta el alma nos bautizan.
Cayeron los mas enfermos,
Porque la ropa podrida
Con el eterno agua va
Nos dejó en las carnes vivas.

(5) Capitulacion con Orellana, MS. — Pedro Pizarro

Al fin estenuados de hambre y fatiga llegaron al ancho Napo, uno de los grandes ríos tributarios del de las Amazonas, y que si bien es de tercero ó cuarto orden entre los de América, podría pasar por uno de los de primera magnitud en el antiguo mundo. Su vista alegró todos los corazones, pues esperaban que costeano sus orillas encontrarían un camino mas seguro y practicable. Despues de haber caminado por sus márgenes un largo espacio, cercados de maleza y espesura, por donde no podían penetrar sino á fuerza de brazos; y despues de haber casi agotado las suyas en este camino, llegaron á punto desde donde se oía un gran ruido semejante á un trueno subterráneo. El río allí desencadenado su furia corría sobre una pendiente con espantosa velocidad hasta el borde de una magnífica catarata, desde donde se precipitaba entre inmensas columnas de espuma hasta profundidad tal que á los atónitos aventureros les pareció de mil doscientos pies (1). El espantoso ruido que ya habían empezado á oír desde seis leguas de distancia formaba un imponente contraste con el triste silencio de los bosques inmediatos. Los duros guerreros no pudieron eximirse de un movimiento de terror al contemplar aquella escena. Ni una canoa surcaba las aguas, ni se veía un ser viviente á escepcion del enorme boá y del pesado aligador tendidos á la orilla de las aguas. Los árboles estendiendo sus magníficas ramas que se elevaban hasta las nubes; el río corriendo en su madre de piedra como había corrido por espacio de siglos; la soledad y el silencio de la escena, interrumpido solamente por el estruendo de la cascada y por el lánguido murmullo de los bosques; todo parecía mostrarse á los aventureros en el mismo agreste y primitivo estado en que salió de manos del Criador.

A cierta distancia por cima y debajo de la catarata el río estrechaba tanto sus márgenes que apenas había entre una y otra veinte pies de longitud. Los aventureros, vivamente apremiados por el hambre, determinaron arrostrar el peligro de pasar á la opuesta orilla, esperando encontrar un país que les proporcionase medios de subsistencia. Construyóse un frágil puente, poniendo grandes troncos de árboles sobre las rocas, donde estas, como si alguna convulsión de la naturaleza las hubiera separado, se abrían formando dos paredes perpendiculares, entre las cuales y á muchos centenares de pies de profundidad pasaba el río. Sobre este aéreo camino consiguieron pasar hombres y caballos sin que se perdiese mas que uno de aquellos, el cual habiéndose descuidado en mirar abajo, fue acometido de un vértigo, se resbaló y cayó en las olas que se agitaban embravecidas en lo profundo del abismo.

Descubrimiento y Conq., MS.—Gómara, Hist. de las Indias, cap. CXLIII.—Zárate Conq. del Perú, lib. IV, cap. II.—Herrera, Hist. gen., dec. VI, lib. VIII, cap. VI—VII.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. II.

Este último escritor dice que obtuvo sus informes de los labios de muchos que se hallaron en la expedición. El lector puede estar seguro de que la narración no ha perdido nada al pasar por mano de Garcilasso.

(1) «Al cabo de este largo camino hallaron que el río hacia un salto de una Peña de mas de doscientas braças de alto: que hacia tan gran ruido, que lo oyeron mas de seys leguas antes que llegasen á él.» (Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. III.) Los viajeros modernos, de los cuales pocos han penetrado en estas regiones agrestes, nada dicen que pueda confirmar ni refutar la existencia de esta estupenda catarata. La altura que se le atribuye, aunque dos veces mayor que la que tiene según la medida de Humboldt la gran catarata de Tequendamá en el Bogotá (la mas alta de América según se cree generalmente), no es tan grande sin embargo como la de algunos torrentes de Suiza. Con todo, no puede darse crédito con seguridad al cálculo de los españoles, porque en el triste estado en que se encontraban lo sublime y lo terrible producía en ellos una impresión acaso exagerada de lo que veían.

Poco ganaron los aventureros en el cambio. El país presentaba el mismo aspecto desconsolador, y las orillas del río estaban cubiertas de gigantescos árboles ó franjeadas de impenetrable maleza. Las tribus de indios que alguna vez encontraban en aquellos salvajes desiertos eran feroces y enemigas y sostenían con ellos perpétuas escaramuzas. Dijéronles sin embargo algunos que bajando el río y á distancia de pocos días de camino encontrarían un país fértil; y los españoles continuaron su penoso viaje, siempre esperando y siempre engañados, pues la prometida tierra, semejante al arco iris, huía delante de ellos á medida que avanzaban.

Al fin agotadas las fuerzas y el sufrimiento resolvió Gonzalo construir un barco bastante grande para llevar á los mas débiles y los bagajes. Los árboles les proporcionaron madera: las herraduras de los caballos que habían muerto en el camino, ya de muerte natural ya para servir de alimento á sus dueños, fueron convertidas en clavos; la goma que destilaban los árboles hizo el oficio de brea; y los andrajosos vestidos de los soldados sirvieron como estopa. Era obra difícil, pero Gonzalo animó á su gente al trabajo y dió el ejemplo tomando parte en sus tareas. Al cabo de dos meses quedó concluido un bergantín toscó, pero fuerte y suficiente para conducir la mitad de la tropa. Era el primer barco europeo que había flotado en aquellas aguas.

Gonzalo dió el mando de este barco á Francisco de Orellana, caballero de Trujillo, en cuyo valor y adhesión creía poder confiar. Las tropas volvieron á emprender la marcha, siguiendo siempre el curso del río y llevando el bergantín inmediato á la orilla; y cuando tenían que subir alguna áspera pendiente ó cuando encontraban un terreno impracticable, el barco transportaba á los soldados mas débiles. Así caminaron trabajosamente por espacio de muchas semanas atravesando las espantosas soledades por donde corre el Napo. Ya no quedaban hacia mucho tiempo ni vestigios de provisiones; ya habían devorado el último caballo. Para mitigar los rigores del hambre se veían obligados á comer las correas y el cuero de las sillas. Los bosques apenas les ofrecían algunas raíces y frutas de que alimentarse; así tenían á dicha cuando encontraban casualmente sapos, culebras y otros reptiles con que aplacar su necesidad (2).

También allí tuvieron noticias de un rico distrito habitado por una nación populosa, donde el Napo desembocaba en un río aun mayor que corría hacia el Oriente. Este distrito se hallaba como siempre á distancia de algunos días de camino. Gonzalo Pizarro resolvió entonces hacer alto donde se encontraba y enviar á Orellana con el bergantín hasta la embocadura para que se proporcionase provisiones, con las cuales pudiese volver y poner á las tropas en situación de continuar la marcha. En consecuencia Orellana, llevando consigo cincuenta soldados, se apartó hasta el medio del río, y su barco impelido por la rápida corriente partió como una flecha, perdiéndose inmediatamente de vista.

Pasaron días y días, semanas tras semanas y el bergantín no volvía, ni los españoles veían la menor mancha en las aguas al tender la vista hacia el punto mas lejano donde la línea de luz se perdía en las oscuras sombras del follaje que festoneaban las orillas del río. Enviáronse destacamentos que estuvieron ausentes muchos días; pero volvieron sin noticia algu-

(2) «Yeruas y rayzes y fruta silvestre, sapos y culebras, y otras malas sabandijas, si las avia por aquellas montañas, que todo les hacia buen estómago á los españoles; que peor les yua con la falta de cosas tan viles.» Com. Real, parte II, lib. III, cap. IV.—Capitulacion con Orellana, MS.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII, cap. VII.—Zárate Conq. del Perú, lib. IV, cap. III—IV. Gómara, Hist. de las Indias, capítulo CXLIII.

na de sus camaradas. No pudiendo permanecer por mas tiempo en la incertidumbre, ni siéndoles tampoco posible mantenerse en aquel sitio, Gonzalo y sus hambrientos soldados, determinaron seguir adelante hasta encontrar la confluencia de los dos rios. Dos meses tardaron en llegar al término de este terrible viaje (dos meses tardaron los que no perecieron en el camino) aunque la distancia no era probablemente mayor de doscientas leguas; y al cabo de este tiempo llegaron al punto tan deseado, donde el Napo desemboca en el rio de las Amazonas, rio el mas magestuoso de los de América, y que alimentado por mil tributarios corre hácia el Océano en un espacio de centenares de millas por el centro del gran continente.

Pero no hallaron noticia alguna de Orellana, y el país, aunque mas populoso que el que acababan de atravesar, presentaba el mismo aspecto desconsolador, y estaba abatido por una raza de indios aun mas feroz. Abandonaron pues la esperanza de recobrar á sus compañeros, suponiendo que habian perecido de hambre ó á manos de los indios. Al fin se disiparon sus dudas con la aparicion de un blanco que vagaba medio desnudo por los bosques, y en cuyo descarnado semblante reconocieron las facciones de uno de sus compatriotas, llamado Sanchez de Vargas, caballero de ilustre linaje, y muy estimado en el ejército. Este tenia que referir una historia lamentable.

Orellana, impelido por la rápida corriente del Napo, habia llegado en menos de tres dias al punto de confluencia con las Amazonas, recorriendo en este breve espacio de tiempo la distancia que Gonzalo Pizarro y su gente habian tardado dos meses en recorrer. Habia visto que el país era completamente diverso de lo que se le habia dicho, y lejos de conseguir auxilios para sus compañeros, apenas habia podido obtener subsistencias para sí mismo. No le habia sido posible volver por donde habia caminado contra la corriente del rio, y el viaje por tierra se le habia presentado bajo un aspecto no menos formidable. En este terrible dilema, una idea iluminó su mente que fue lanzar el barco al rio de las Amazonas y bajar por él hasta su embocadura. De este modo se prometia visitar las ricas y populosas naciones que segun los indios cubrian sus orillas, salir al grande Océano, pasar á las islas inmediatas y volver á España á reclamar la gloria y el galardón del descubrimiento. La idea fue aceptada con entusiasmo por sus negligentes compañeros, que al paso que ansiaban salir de aquella situación penosa, se animaban con la perspectiva de nuevas y sorprendentes aventuras, porque la afición á lo maravilloso era el último sentimiento que se extinguía en el pecho del caballero castellano. Poco se cuidaban de sus desgraciados compañeros, á quienes iban á abandonar en aquellas soledades (1).

No es este el lugar de referir los pormenores de la extraordinaria expedición de Orellana. Su empresa tuvo feliz éxito; pero es maravilloso que se salvara del naufragio en la arriesgada y desconocida navegación de aquel rio. Muchas veces el buque estuvo á punto de ser despedazado entre las rocas y en medio,

(1) La narración de Vargas la confirma el mismo Orellana segun aparece de la real concesión que se le hizo á su vuelta á Castilla. Este documento se ha conservado entero en la colección de manuscritos de Muñoz.

«Haviendo vos ido con ciertos compañeros un rio abajo á buscar comida, con la corriente fuisteis metidos por el dicho rio mas de doscientas leguas, donde no pudisteis dar la buelta é por esta necesidad é por la mucha noticia que tuvisteis de la grandeza á riqueza de la tierra, posponiendo vuestro peligro sin interés ninguno por servir á S. M., os aventurásteis á saber lo que habia en aquellas provincias, é así descubristeis é hallásteis grandes poblaciones.» Capitulación de Orellana, MS.

de las furiosas corrientes (2), y aun tuvo que arrostrar otro peligro mas grande que fueron los ataques de las tribus guerreras que habitaban las orillas del rio. Estas tribus caian sobre la poco numerosa tropa de Orellana siempre que intentaba saltar en tierra, y le seguía en canoas, vigilándole por espacio de muchas millas. Al fin desembarcó en el Océano y se dirigió á la isla de Cubagua; desde allí pasó á España, se presentó en la corte y refirió las circunstancias de su viaje, las naciones de Amazonas que habia encontrado en las orillas del rio, El Dorado que segun sus noticias existia en las inmediaciones, y otras maravillas, producto de su invención mas bien que de las exageraciones de una crédula fantasía. Los que le escucharon creyeron fácilmente los cuentos del viajero; y en una edad de prodigios, cuando cada dia se iban aclarando nuevos misterios del Oriente y del Occidente, bien puede perdonarse el no haber sabido trazar la verdadera línea entre la novela y la realidad (3).

No encontró, pues, dificultad en obtener la comisión de conquistar y colonizar los reinos que habia descubierto, y en breve se vió á la cabeza de quinientos hombres dispuestos á participar de los peligros y beneficios de la expedición. Pero ni él ni su país debían aprovecharse de ellos. El murió en la travesía, y las tierras regadas por el rio de las Amazonas cayeron en poder de Portugal. El desgraciado navegante no gozó ni aun del honor que todos alcanzaban de dar su nombre á las aguas que descubrieron; solamente tuvo la estéril gloria del descubrimiento, gloria que seguramente no compensa las circunstancias de iniquidad con que se llevó á cabo aquella empresa (4).

Uno de los que acompañaban á Orellana hizo fuerte oposición á sus proyectos como contrarios á las leyes de la humanidad y del honor. Este fue Sanchez de Vargas; y el cruel gefe se vengó de él abandonándole á su suerte en aquella desolada region, donde fue hallado por sus compañeros (5).

(2) Condamine, que en 1744 bajó al rio de las Amazonas, habla con estension de los peligros y dificultades en que se vió envuelto durante su navegación, la cual dice que es demasiado dificultosa para emprenderla sin un diestro piloto. Véase su *Relation abrégée d'un Voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale*. (Maestricht, 1778.)

(3) En tiempos posteriores no ha sido fácil tampoco señalar esta esacta línea con toda la luz de los descubrimientos modernos. Condamine, despues de una cuidadosa investigación considera que hay buenas razones para creer en la existencia de un pueblo de mujeres armadas que habitaron en otro tiempo las orillas del rio de las Amazonas, aunque en la actualidad han desaparecido. Dificil seria probar lo contrario, pero es mas difícil este hecho si se consideran los obstáculos que se oponen á que la tal sociedad de mujeres se perpetuara. *Voyage dans l'Amérique méridionale*, pág. 99 y sig.

(4) «Su crimen está en cierto modo contrabalanceado por la gloria de haberse arriesgado en una navegación cerca de dos mil leguas entre naciones desconocidas en un barco construido de prisa con madera verde, por manos inexpertas, sin provisiones, sin brújula ni piloto.» (Robertson, América, ed. de Londres, 1796.) El historiador de América no tiene en este caso la balanza de la moral con mano tan firme como de costumbre. Segun un moralista no muy severo, no hay triunfo por brillante que sea que pueda canonizar el crimen.

(5) Expedición mas notable que la de Orellana fue la que emprendió y llevó á cabo una delicada mujer, llamada madama Godin, que en 1769 bajó por el rio de las Amazonas en una lancha hasta su embocadura. Acompañáronla siete personas, entre ellas dos hermanos suyos y dos criadas. La lancha naufragó, y madama Godin, habiéndose salvado casi por milagro, intentó con su gente hacer el resto del camino á pie. Vióles á todos perecer unos tras otros de hambre y enfermedad, hasta que quedó sola en aquellos terribles bosques. Todavía, como la Señora en el Comus de Milton, pudo salvarse de tantos peligros; y despues de indecibles padecimientos, habiendo encontrado algunos indios compasivos, fue conducida por ellos á un establecimiento francés. Aunque joven, el terror y los trabajos que sufrió le volvieron el cabello completamente blanco. Una carta de su marido á M. de la Condamine contiene los

Los españoles escucharon con horror la relación de Vargas, y la sangre se les heló en las venas al contemplarse abandonados en aquellas remotas soledades, y privados del único medio de salvación. Hicieron un esfuerzo para proseguir su viaje, siguiendo la márgen del rio; pero al cabo de algunos dias de fatigosa marcha, les faltaron las fuerzas y el ánimo, y se abandonaron á la desesperación.

Entonces fue cuando se manifestaron en todo su brillo las cualidades de Gonzalo Pizarro como gefe el mas á propósito para los casos desesperados y de peligro. Si seguían adelante no tenían esperanza de salvarse; permanecer donde estaban, sin alimento ni ropa, sin defensa contra los animales feroces de los bosques ni contra los indios mas feroces aun, era imposible. Solamente un medio quedaba, y era volver á Quito. Pero la idea de volver á Quito les recordaba todos los trabajos pasados, trabajos que podían muy bien calcular y que apenas podían sufrirse ni aun en la imaginación. Estaban por lo menos á cuatrocientas leguas de distancia de aquella capital, y mas de un año habia transcurrido desde que emprendieran su penosa peregrinación. ¿Cómo arrostrar de nuevo los mismos peligros? (1)

Sin embargo, no habia alternativa. Gonzalo procuró reanimar á su gente hablándoles de la invencible constancia que hasta entonces habian desplegado y exhortándoles á continuar mostrándose dignos del nombre de castellanos. Hízoles presente la gloria que para siempre se granjearían por tan heroica empresa cuando llegasen á su país, y declaró que pensaba llevarles por otro camino donde no podrían menos de encontrar alguna de las abundantes regiones de que tanto se les habia hablado. Algo era ya saber que cada paso que daban les acercaba mas á su patria, y como este era al cabo el único medio de salvación que tenían, debían prepararse á arrostrar como hombres los obstáculos que se les opusieran. Por último les dijo que el espíritu sostenía al cuerpo, y que las dificultades á que se oponía un espíritu firme estaban ya medio vencidas.

Los soldados escucharon con ansia estas palabras de consuelo y de entusiasmo. La confianza en su gefe reemplazó en sus pechos á la desesperación. Conocieron la fuerza de sus razones, y como fiaban en sus promesas, se reanimó en ellos el orgullo del antiguo honor castellano, y todos participaron mas ó menos del generoso entusiasmo de Gonzalo. No desmerecía este por cierto la adhesión que le manifestaban. Desde la primera hora de la expedición se habia impuesto las mismas privaciones que sus soldados. Lejos de prevalerse de su posición, habia igualado su suerte con la de los mas pobres, satisfaciendo las necesidades de los enfermos, reanimando á los débiles, repartiendo sus escasas provisiones con los hambrientos, sufriendo como uno de tantos las fatigas y penalidades de la marcha, y mostrándose siempre tan fiel compañero como buen capitán. Así en aquella hora suprema recogió los frutos de su conducta.

No cansaré á los lectores refiriendo los padecimientos de los españoles en su marcha retrógrada hácia Quito. Tomaron un camino mas al norte que el que habian llevado, y aunque encontraron menos dificultades, padecieron mas porque tenían menos me-

pormenores de esta extraordinaria historia, referidos de un modo tan sencillo y candoroso que atrae nuestra confianza. *Voyage dans l'Amérique méridionale*, pág. 529 y sig.

(1) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. V.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII.—Zárate, Conquista del Perú, lib. VIII, cap. V.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIII.

No es de esperar de unos hombres que vagaban por aquellos lejanos bosques un cómputo esacto del tiempo ni de la distancia, faltos como estábamos de los medios necesarios para hacer observaciones correctas sobre este punto.

dios de vencerlas. Su único alimento eran las escasas frutas que podían recoger en los bosques, ó lo que por fortuna encontraban en algun aduar abandonado, ó lo que por violencia arrancaban de manos de los indios. Algunos enfermaron y murieron en el camino, porque no habia quien les socorriera. El estremo de la miseria les habia hecho egoistas y mas de un pobre soldado se vió abandonado á su suerte, destinado á morir solo en los bosques ó mas probablemente á ser devorado vivo por los animales feroces.

Al fin en junio de 1542 despues de mas de un año consumido en su marcha retrógrada, Gonzalo y su cansada gente llegaron á las elevadas llanuras que se estienden á las inmediaciones de Quito. ¡Pero cuán diferente era su aspecto de aquel con que salieron por las puertas de la capital dos años y medio antes, ostentando sus atavíos militares, su orgullo y sus altas y novelescas esperanzas! Volvian sin caballos; sus armas se habian roto ó tomado; en vez de vestiduras colgaban de sus cuerpos pieles de animales feroces; sus largos y enmarañados cabellos caian en desorden sobre los hombros; sus rostros estaban quemados y ennegrecidos por el sol de los trópicos; sus cuerpos consumidos por el hambre y desfigurados por dolorosas cicatrices; y como si la parte moral hubiera desaparecido, quedaban solo, por decirlo así, la cápsula donde habia estado encerrado el cuerpo, marchaban lentamente, semejantes á una tropa de horribles espectros. De los cuatro mil indios que habian salido en la expedición mas de la mitad habian muerto; y de los españoles solo ochenta, muchos de ellos con achaques incurables, volvieron á Quito (2).

Los pocos habitantes cristianos de aquella capital con sus mujeres é hijos salieron á recibir á sus compatriotas; les proporcionaron todos los alimentos y recursos que estaban en su mano; y al escuchar la triste relación de sus padecimientos mezclaron sus lágrimas con las de los aventureros. Despues todos entraron en la capital, donde su primer acto (sea dicho en honra suya) fue dirigirse en procesión á la iglesia á dar gracias al Omnipotente por su milagrosa conservación en tan largo y peligroso viaje (3). Tal fue el término de la expedición al rio de las Amazonas, expedición que por los riesgos y penalidades que la acompañaron, su larga duración y la constancia con que fueron sufridos, se conserva tal vez libre de toda mancha en los anales de los descubrimientos americanos.

CAPITULO V.

Facción de Almagro.—Su desesperada situación.—Conspiración contra Francisco Pizarro.—Asesinato de Pizarro.—Actos de los conspiradores.—Carácter de Pizarro.

1541.

CUANDO Gonzalo Pizarro llegó á Quito, recibió la noticia de un acontecimiento, que mostraba que su expedición al rio de las Amazonas habia sido mas fatal á sus intereses de lo que él se habia imaginado. Durante su ausencia se habia verificado una revoluc-

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. V.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIII.—Garcilasso, Com. Real, parte II, libro III, cap. XV.—Herrera Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. XIV.

Este último escritor al terminar la historia de la expedición hace un panegírico del valor y constancia de sus compatriotas, panegírico que es preciso reconocer que era bien merecido.

«Finalmente Gonzalo Pizarro entró en el Quito, triunfando del valor i sufrimiento, i de la constancia, recto é inmutable vigor del ánimo, pues hombres humanos no se hallan haver tanto sufrido, ni padecido tantas desventuras.» Ibid., ubi supra.

(3) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. V.